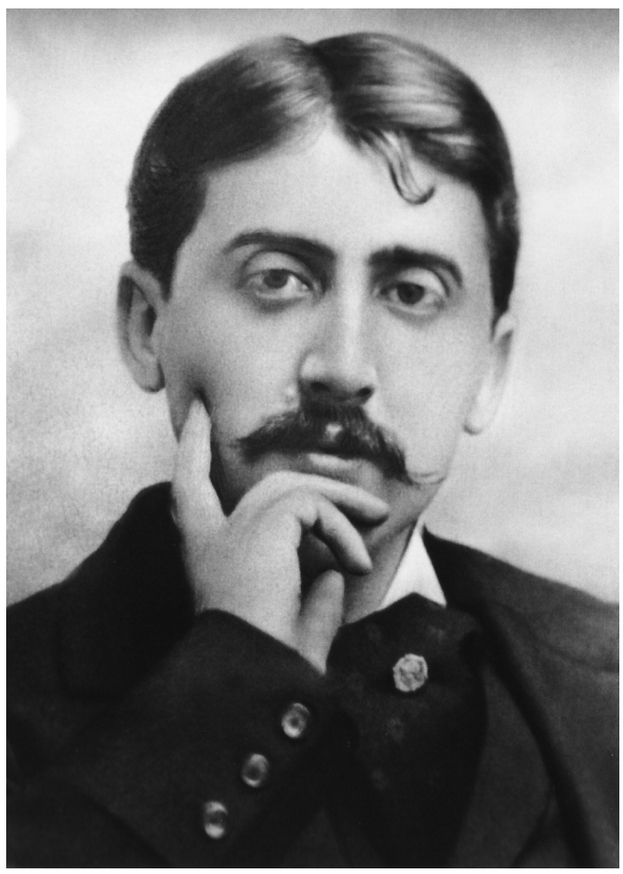
La magdalena de Proust

Guadalupe Loaeza

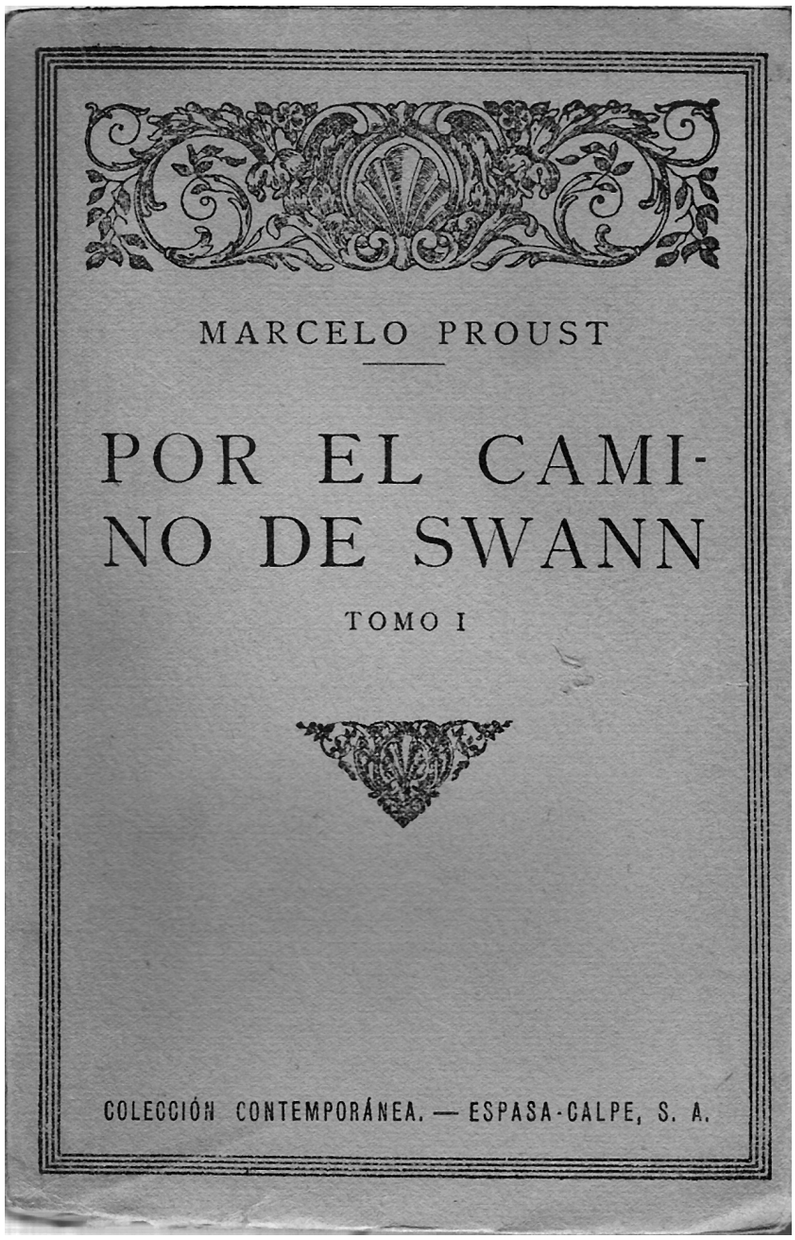
Es probable que el universo encantado de En busca del tiempo perdido *de Marcel Proust sea una de las obras fundamentales de la literatura del siglo pasado. Guadalupe Loaeza nos ofrece una estampa del autor francés en este breve pero entrañable ensayo donde aparecen sus grandes fantasmas: la homosexualidad y su origen judío.*

Más que una persona, Marcel Proust (1871-1922) es todo un universo. Proust es una forma de ver el mundo, una forma introspectiva, poética, pero también llena de conocimiento del ser humano. Dicen que este maravilloso novelista era capaz de contemplar un objeto durante mucho tiempo, como si estuviera a punto de revelarle todos sus secretos. En uno de los tomos de su obra cumbre, *En busca del tiempo perdido* (1913-1927), el protagonista viaja en un carruaje por las playas de Balbec con una amiga de su abuela, madame De Villeparisis. De pronto, el protagonista ve unos árboles que se agitan por el viento y está seguro de que le quieren decir algo, siente que está a punto de recibir de ellos un mensaje único y que nada más es cosa de ponerles atención, pero De Villeparisis sólo habla y habla, y no lo deja concentrarse... hasta que de pronto los árboles quedan atrás y el narrador se convence de que nunca más tendrá el secreto que estaba a punto de saber... En la obra de este genio francés parece que todos los objetos están a punto de hablar, a punto de contarnos sus secretos y las cosas más íntimas de sus dueños.

Hay que decir que en esta novela publicada en siete tomos se dedica a describir un solo momento, el instante en el que el narrador sumerge su magdalena en el



Marcel Proust



té, y el olor hace que su mente regrese a su infancia, y a evocar todos los personajes de su vida. Por su novela pasan entonces todos sus amores, sus familiares, sus conocidos, su entrañable abuela y su madre, quien es amorosa y sabia, pero también el barón de Charlus, uno de los más interesantes personajes, un respetable hombre de sociedad que al mismo tiempo tiene una vida privada muy intensa, que se relaciona con jóvenes parisinos, pero sobre todo con su "secretario", Jupien. También se cuenta la historia de Charles Swann, quien se enamora de Odette, una joven con un pasado misterioso. Swann se obsesiona tanto con ella que la sigue y la investiga de manera obsesiva. Sin duda, varios de los retratos más maravillosos de las emociones humanas son los que Marcel Proust le dedica a sus personajes. De ahí que sea considerado un maestro en la disección de las pasiones humanas. En la Wikipedia francesa existe un listado de los personajes de esta obra; gracias a ella nos enteramos de que los cinco personajes más nombrados en la obra son Albertine (citada dos mil 386 veces), la familia Guermantes (mil 761), Swann (mil 654), los padres del narrador (mil 610) y el barón de Charlus (mil 291). Por esta razón, dice la *Wikipedia*, Albertine es como la Beatriz de Dante. Curiosamente, el personaje que sólo una vez aparece por su nombre es el narrador. En toda la novela, el narrador se hace llamar Marcel. No obstante, este personaje no se parece a Marcel Proust.

Proust fue homosexual y judío, pero muchos le han reprochado que su narrador no sea ni judío ni homosexual. Sin embargo, también dicen que lo que pasa es que Proust quería tener una mayor objetividad y que pretendía tratar el tema de la homosexualidad y del antisemitismo de los franceses en tercera persona. A lo largo del cuarto tomo, *Sodoma y Gomorra*, Proust cuenta la vida y las aficiones del barón de Charlus. Muchos piensan que Charlus en realidad esconde los juegos sexuales de Proust, así como su tendencia a la posesión enfermiza de sus amantes. En cuanto a Albertine, la musa de esta novela, podemos decir que es una joven encantadora, pero llena de dobleces. Poco a poco, "Marcel" se da cuenta de la bisexualidad de Albertine y comienza a dudar, a espiarla, a seguirla sin que ella se dé cuenta. Es tal la obsesión del narrador que nada más se dedica a sufrir pensando en las posibles infidelidades de Albertine, pero, sobre todo, se dedica a reflexionar sobre el amor y los celos. Proust ha hablado del amor con más sabiduría que nadie.

Pero hay que decir que Albertine en realidad encubre el amor que Proust tuvo por su chofer, Alfred Agostinelli. Dicen que Proust era demandante en el amor, y que la culpable de esa forma de ser fue su madre, quien todo el tiempo cedía a sus caprichos. Pero Marcel mostraba un afecto tan enfermizo y obsesivo, que llegó a pedir a Alfred que viviera con él y que incluso llevara a su esposa. Este amante no era tan sumiso, así que con el tiempo le pedía cada vez más dinero a Marcel. Alfred murió en un accidente de aviación.

Proust era asmático y durante la primavera no podía salir de su cuarto porque el polen le hacía mucho daño. Odiaba los ruidos fuertes y su cuarto estaba tapizado de caucho, para que no se escucharan los sonidos de la calle. Para escribir esta maravillosa novela dedicó diecisiete años de su vida, y toda la formó con los cachitos de su memoria privilegiada. Cuando murió, Proust tenía cincuenta y un años, todavía no era el gran ídolo literario de Francia, como lo llegaría a ser. De las muchas razones que tenemos para admirarlo, la que ahora se nos ocurre es su gran capacidad para hacer que toda una época de Francia quepa en algo tan sutil como el olor de una magdalena remojada en té. **u**